

tima acción fué tan solo impulsiva? . . . Porque es prócer del talento ni en sus más remotas mocedades ha procedido con lijereza. Miradlo de muy atrás, cuando redactaba á Don Simplicio ó La Chinaca: entonces era joven y experto, /pero sus escritos se parecian á los de un viejo experimentado. Si registráis hoy las colecciones de esos periódicos no vereis en ellos más que tinta y mucha. ¡Nada más? . . . ¡Nada más! . . . Y eso que los tales Don Simplicio y La Chinaca fueron de tremenda oposición. Leed su literatura en el periodico El Album: su pluma se ha empapado en cloroformo para trazar aquellas gallardas líneas, escritas sin duda alguna para un hospital de sangre y he aquí un fenómeno de atavismo evolucionista: ese hombre, que se desvelaba escribiendo literatura, hacía dormir á los demás más con sus escritos. . . . El Siglo y El Monitor se honraron muchas veces con las producciones políticas del Sr. Iglesias: son ellas un modelo de buen decir y de buen dormir. . . . Montes quietasienta, en su Espíritu de las Leyes que los hombres doctos y profundos en ciencias legislativas y filosóficas, son refractarios, por lo general, á las

estudios políglotas. Desde luego D. José María Iglesias es la más hermosa negación de aquella afirmación: de 1884, á 86 fué catedrático de filosofía y legislación en el Colegio de San Gregorio, siéndolo á la vez de idiomas en el de S. Ildefonso: Fué también administrador de la aduana [1861-63;] ministro de Justicia, Presidente de la Suprema Corte, etc., etc., etc. Bajo la más perfecta corrección de formas, el Sr. Iglesias ha ocultado la más desordenada de las ambiciones. Cuando yo fuí elegido presidente después de la muerte del Sr. Juárez, Don José María estuvo á felicitar me en mi propia casa: al dirigirme los cumplidos de etiqueta, temblaban sus lentes de oro bajo el arco tendido de sus cejas. . . . Ah! me dije entonces parodiando á Clemente XII al dirigirse al monge Benedetto; — Bajo ese parado sayal adivino la tiara. . . .

Unidos quizás hubiéramos triunfado los hombres de ley sobre los hombres de fuerza. Desunidos y en guerra abierta, la victoria de los enemigos de la patria no podía ser dudosa. ¡Pobre Sr. Iglesias! quitarse la toga y colocarla como ban-

* * *

dera de rebelión en un país militarizado, equiva-
 lia á enarbolar el estandarte de la cruz en el fon-
 do de la Turquía. ¡Bien cara expió su locura
 constitucional! Poco antes de esa calaverada se-
 nil, el poeta de las enchiladas, Guillermo Prieto,
 estuvo á verme, insinuándome retóricamente que
 iba á estallar una revolución iglesista. Yo le res-
 pondí casi textualmente en estos terminos:—No
 culpo al Sr. Iglesias de eselirismo revolucionario
 los culpables son Lancaster Jones, & c. ¡Por
 ventura quieren repetir la disidencia que surgió
 entre los Sres. Juárez y González Ortega? La
 ambición del Sr. Díaz es frenética: para llegar á
 la presidencia pasará sobre la Constitución, los
 constituyentes y los constitucionales. Déjense
 Udes. de conciliabulos legalistas y secúndenme y
 unámonos contra el enemigo común. No me ale-
 gueis el caso de Miramón que se unió con los po-
 deres civiles: Miramón, como todos los valientes
 tenía el alma grande; pero el Sr. Díaz solo es
 grande en su ambición. Ya en la presidencia
 todos Udes, hombres de toga y de lira, irán á la
 nada.....



Pero nadie escarmienta en cabeza ajena: fué
 necesario que el Sr. Igelaias y su horda de poe-
 tas sentimentales dieran una exhibición ecuestre
 en el país, que pasaran á exhibirse á los Estados
 Unidos, y que tornaran después á México, hu-
 millados, empolvados y escupidos....

LOS CEREBROS (?) DE LA REVOLUCION.

XIX

Los Sres. Justo Benitez, Ignacio Luis Vallarta
 y Protasio Tagle, fueron el cerebro de la revolu-
 ción de Tuxtepec, dieron forma á todas las ideas
 en los colegios y hasta en los mismos círculos gu-
 bernamentales como el Congreso y el Senado.
 Como personajes civiles gozaban la impunidad
 de la propaganda es decir conspiraban legalmente
 contra las autoridades constituidas, por la im-
 punidad de su carácter pacífico. Yo les permitía

conspirar en los corredores mismos de Palacio; por que bien preveía que conspiraban contra sí mismos. De los tres tres, el más audaz, aun que no el más inteligente, era Don Protasio Tagle este señor veía en su candidato, no precisamente un hombre, sino una mercancía animal, algo como un caballo de circo que se adiestra á latigazos, y que se presenta al público, ya enjaezado, diciéndole ¡qué animal tan hermoso! miren como lo monto, con que suavidad baja las orejas al sentir mi espuela acariciar sus flancos. Después del negocio de Tampico, el Sr. Tagle estuvo á verme para pedirme un salvo conducto destinado al Sr. Díaz.

—Pero quien me responde, le dije yo, de que no volverá á levantarse en armas contra el Gobierno?

El Sr. Tagle sonrió desdeñosamente y replicó:

—Sr. Lerdo, Don Porfirio no se pertenece, pertenece al círculo porfirista. No da un paso sin consultarnos, ni nosotros le permitimos andar sin nuestro consentimiento.

Don Protasio ha sido, es y será una personalidad obscura: es uno de esos hombres que tienen

más mala fé que sana inteligencia, más ambición que tacto, más timidez que resolución, más ira que templanza. Volteriano por instinto, afecta ser creyente enérgico y de la fuerza ascética del Cardenal Jiménez de Cisneros: ha hecho de la sacristía una emboscada, de la profesión una cábada de la cátedra un club, de la política un perpetuo conciliábulo. Ese hombrecico que tuvo por patales una sotana, por nodriza una monja y por juguete un hisopo; que no oyó en su infancia más armonías que las del *súrsum corda* de los canónigos de Catedral, ese hombrecico, repito, predica la no reelección, invoca al sufragio libre y fomenta la resistencia armada á los poderes públicos. Ah! él, el clerical, cuyo dogma se basa en los gobiernos hereditarios y en la obediencia pasiva á esos gobiernos, abogando por las revoluciones á mano armada!

* * *

El Sr. Vallarta es una de las lumbreras constitucionales del país; y si no hay otro como el para interpretar la Constitución, tampoco hay otro como él mismo para violarla. Se entiende que guardando siempre las formas, como persona

bien educada que és: Recordad su gobierno en Jalisco: no es más de una serie de atentados á la Constitución local. Por un lado hacia el panegírico del Código de 57, y por el otro, hollaba el Código del Estado. El Sr. Vallarta es uno de nuestros más brillantes teóricos, pero nada más que un teórico. En la cátedra explicando una doctrina, en el bufete dirimiendo un litigio en la magistratura formulando un voto, el Sr. Vallarta es realmente grande, grande como pensador y analista, grande como letrado, grande é inmenso como comentarista [1] Pero sacadle de esa atmósfera de abstracciones, llevadle á la realidad, conducidle á la práctica y os hará el mismo efecto que á un comediante de capa y espada arrebatado del radio que proyecta sobre sus oropeles la luz del gas, y plantado de improviso á media

[1] Las alabanzas al Sr. Vallarta son muy mercedidas: en cuanto á los cargos formulados contra él y los otros personajes de este artículo parecen un tanto exajerados sin duda por el acierto con que dirijieron la revolución, que causó la caída de Sr. Lerdo—Nota del corrector.

calle y á la luz del día. El Sr. Vallarta, en Jalisco violó los comicios, atropelló la libertad de imprenta, fomentó el militarismo, colocó á toda su familia y parientes en los puestos públicos. Luego, cuando se aproximaban á Guadalupe las tribus salvajes de Lozada, perdió completamente la cabeza: vióse su caballo, dos días seguidos, á las puertas de Palacio, ya listo para la huida. Y ese mismo eminente jurisconsulto, enemigo de la fuerza é intrigante y ducho como Talleyrand, caía poco después en las mismas redes por él urdidas.....

Finis rerum.

Que hay más hombres vidriosos que nerviosos! lo demuestra la existencia en este mundo del Sr. Don Justo Benitez. ¡Qué decepción para los que le creían de la madera del Sr. Ocampol. El Sr. Benitez al fabricar los planes del Gral. Díaz fabricó su propio féretro. Como el fraile que inventó la pólvora, sucumbió á la primera explosión. El amable Sr. Don Justo, cuando inventó á su héroe, decíase probablemente para su coleccionista — "he encontrado la cuadratura del círculo

en la cabeza de ese imbécil de Porfirio Díaz: yo hago presidente y yo mismo dirigiré la presidencia. Después yo seré presidente como tres y dos son cinco: por desgracia, la aritmética política es fatalmente complicada. ¿Cómo el Sr. Benítez siendo oaxaqueño, no conocía á los hombres falsos?.....

Una vez, el Sr. Lic. Basilio Pérez Gallardo me pidió una audiencia privada para Don Justo Benítez. Respondíle que se la concedía siempre que no tratara de política. Con esa advertencia rehusó la entrevista: Confieso que perdí la oportunidad de conocer en él al mejor de mis amigos. Ya en el destierro, recibí una carta de mi amigo el Sr. Gochicoa que decía poco más o menos lo siguiente: "La expiación ha comenzado, ayer ha salido Benítez del ministerio reñido con Díaz. La causa? yo lo ignoro pero se refiere al usurpador Díaz, que entraba al despacho de éste, abriendo la manpara á puntapiés é informándose luego de todos los expedientes y papeles que había en la mesa de la presidencia. Benítez acordaba lo que le parecía bien ó mal, á

su antojo, y hubo vez que desgarrara un expediente en el cual Don Porfirio había ya estampado la firma. Parece que ésto colmó la medida y el amo se hizo sentir. El caso es que desde ayer Benítez ya no es nada ni nadie. Como vd. comprenderá, ésto sirve de mucho á la causa de la restauración constitucional."

Vallarta, Benítez y Tagle, trabajaban, no por la patria, sino por un hombre, no por engrandecer al hombre, sino por su propio engrandecimiento. Los tres han caído sin gloria; oscuramente, como tres desertores sorprendidos en una encrucijada por el enemigo. Los tres comienzan á ser viejos y la ancianidad no se levanta más que en la tumba

—o—

UNA COMIDA MEMORABLE

XX

Yo no soy supersticioso, pero ese día caía en

Martes y era 13 de Febrero: mi amigo el Sr. Don Manuel Romero Rubio me invitaba á comer en su casa de la calle de San Andrés. La exquisita amabilidad y figura del anfitrión eran y son proverbiales, cincuenta años [1874] recordete, ojos pequeños y vivos, de frente amplia, de nariz correcta, y labios delgados y movibles; el Sr. Romero, sin presentar en conjunto una fisonomía hermosa, no dejaba por eso de ser agradable. No obstante, observándolo detenidamente notábase en su rostro cierta desproporción de rasgos, una contracción violenta de la boca con algo de inflexible, de pérfido en la expresión, visible solamente para un sutil fisionomista. Yo lo apreciaba con ciertas reservas, diré más, no sin ninguna compasión. Compasión he dicho, y el vocablo le sirve á maravilla: porque yo leía en el fondo de aquel espíritu enfermizo, un deseo desordenado por riquezas y honores. Y si no lo hubiera leído bien, tardíame para conocerlo el hecho de que un día de su natalicio, se preocupaba tanta por las felicitaciones recibidas, como una coqueta por galanterías recogidas en un baile. Además, el temperamento del Sr. Romero Rubio es más bi-

menino que masculino: notad si no, como si no hubiera otro dato para demostrarlo, sería suficiente el apuntado por Darwin, de que los hombres de temperamento femenino nunca engendran un hijo varón. Desposado en lo absoluto de valor personal y civil para elevarse y mantenerse á una altura determinada, necesitaba apelar á todos los medios pacíficamente ilegales, para conseguirlo. La sociedad transige con cierta clase de delitos, y lo que es más todavía, ella los sanciona lo que ella quiere, lo que ella exige es que cubran las fórmulas legales, que la mano del Abraham que haya prendido fuego á la hoguera haya enguantada para no chamuscarse.....

Me senté á la cabecera de la mesa teniendo en la cabecera opuesta á la Sra. D^a Agustina Castellón de Romero Rubio. Después de la esposa de Juan José Baz, no conocí en México otra matrona más inteligente, más espiritual y mundana que esa Señora. Espíritu masculino, práctico, ambicioso é inquieto, la dama de quien hablo había heredado de su raza [ella es hija de catalanes] las cualidades de economía, industria y for-

taleza de ánimo; pero con ellas ¡ay! también heredó los defectos; uno de los cuales, quizá el más vulnerable, es sin duda alguna el amour d'argent... Pí y Margall en su Sinopsis de Cataluña, refiere que un catalán en el sitio de Maurea cuando la guerra carlista acometió un acto de heroísmo decidiendo del triunfo al lanzarse á la bayoneta sobre el enemigo. Ascendiéndolo sobre el campo de batalla, el Gral. en jefe exclamó:

—Martí, os habeis portado en grado heróico...

—Mi General, lo hice por economizar cartuchos.....

Sí, por el amor al dinero, se pueden cometer acciones heroicas, proezas dignas de Guzmán el Bueno.....

En el centro de la mesa una gentil chiquilla llamada Carmen sostenía conmigo las más espirituales de las conversaciones, llamándome á veces y familiarmente ¡Papá Lerdo!....¡Poder de Dios! como me conmovian esas bromitas! Entonces comprendí la desgarradora soledad del viejo célebre bataire, el triste aislamiento de un pobre sér que en medio de las riquezas, los honores y el poder

se encuentra solo, completamente solo!....Ah! Mehistófeles, vuélveme á la juventud por un instante, permite que los espejos de mi suntuosa casa reflejen por un momento la imagen volteriana del estudiante del año de 47.....

Ese sombrío monólogo repetía al dirigirme para mi casa, cuando me zumbaban todavía los oídos con la frasesilla infantil de:

¡Papá Lerdo, papá Lerdo!

LA FRONTERA.

XXI

SIEMPRE he tenido una excelente opinión de los mexicanos de la frontera, exceptuando, por supuesto, á los Sres. Francisco Naranjo y Gerónimo Treviño, ó Gerónimo Treviño y Francisco Naranjo, como vdes. gusten. Vidaurai sería un traidor á la República, pero nadie puede tachar de foragido: si hoy viviera, estoy seguro que no sería porfirista, Y es este el mejor elogio

que de él puedo hacer . . . Sí, en suelo bendito de esa Frontera del Norte, han nacido héroes mexicanos no como los los heroes oaxaqueños de burocrática memoria, sino hombres que como Mina en España y Hoche en Francia, han visto en la Patria, no una prostituta á quien se explota, sino una madre á quien se ama.

El 15 de Agosto de 1865, diriji yo una circular por acuerdo del Presidente Juárez, á todos los jefes republicanos exponiendo en ella que el Gobierno Nacional jamás abandonaría el territorio de Mexico. Las dichas circulares llegaron á manos de Escobedo, de Corona, Régules y de Porfirio Díaz: en una nota adjunta á la circular, se prevenia á los jefes militares por conducto del Ministerio de la Guerra, fueran leídas aquellas en la orden del día á los respectivos cuerpos del Ejército por que en ellas se exponían consideraciones patrióticas dignas de ser comprendidas por las masas populares. El Sr Díaz lejos de dar á conocer la mencionada circular, le dió carapetazo como suele decirse, no obstante reiterársele la orden por el conduto debido. ¿Por qué esa sustracción al cumplimiento de un deber, de

un mandato puramente secundario! Al principio, ya sea por la dificultad en las comunicaciones ya por el estado de guerra del país, nada pudimos saber en Chihuahua respecto á esa omisión inperdonable del Sr. N....; pero ya en San Luis, llegó á noticias del Sr. Juárez, que el motivo por el cual N..... habia desobedecido las órdenes del Gobierno, era porque Don N..... estaba en esa epoca en comunicación activa con el Mariscal Bazaine....Efectivamente: como á todos los mexicanos consta, el traidor de Sedán intentaba alzarse en México con el poder, contando para la realización de ese proyecto filibustero con algunos jefes republicanos. ¿Cuales eran esos jefes? Hasta el presente, todo son conjeturas é inducciones en este tenebroso asunto; pero por inducciones y conjeturas, se ha logrado rehacer el cuerpo del delito. . . . El Sr. N..... fué prisionero de los franceses; ¿pudo ser factible su escapatoria de Puebla cuando se le consideraba como un hombre peligroso? Debe existir todavía en México un francés, de nombre M..... que fué quien entregó varios pliegos secretos del Sr. N.... al Mariscal Bazaine.....

Pero dejemos á ese señor con sus laureles y sus traiciones, y vamos á los Sres. Treviño y Naranjo, ya que esta página de mis 'memorias' está dedicada á la Frontera. Esos cabecillas republicanos no se dignaron leer mi circular á los soldados fronterizos. Insisto en este punto porque es del todo capital. En 65, las fuerzas republicanas comenzaban á desalentarse por que se hicieron correr rumores en todo el país de que el Gobierno Republicano estaba á punto de abandonar el territorio. Esos rumores funestos, propalados por los imperialistas, llevaban el desbandamiento á nuestras filas: urgía desmentirlos no solamente entre el pueblo, sino más apremiantemente entre las tropas juarizas. Pues bien: los Sres. Treviño y Naranjo, lejos de desvanecer los los corroboraban con proclamas como éstas:—Mnchachos, estamos solos & & ¿Era una complicidad con el Gral Diaz?

Insinuando más tarde mis sospechas al Sr. Juárez alguien que me escuchó transmitió mis palabras á aquellos jefes Así me explico la rebelión en la Frontera contra mi gobierno.

¿Lavará esa mancha la Frontera?

NIL DESPERANDUM

XXII.

SIENDO yo presidente del Colegio de San Ildefonso conocí y traté por primera vez á Juan José Baz. El hecho merece referirse, no solo por la originalidad del caso, sí que también por la amistad perdurable que hasta el presente nos une. [1]

Un literato distinguido, hoy olvidado, reunía en su casa de la calle de Revillagigedo una noche de Diciembre de 185....., la más selecta concurrencia de letrados, poetas y periodistas pertenecientes al partido liberal. Dicha reunión tenía por principal objeto inaugurar una serie de representaciones teatrales en familia, protestando así indirectamente, contra las llamadas Posa-

[1] Hay que tener presente que el Sr. Lerdo escribía esas páginas antes de la muerte del Sr. Baz—Nota del corrector.

das, pequeñas orgías á domicilio que alentaban el fanatismo religioso de las masas. Se habian escogido, al efecto, algunas obras de autores avanzados en ideas, en consonancia con el espíritu de los contertulios? Aquella noche se ponía en Escena Hernani, la última grandiosa producción de Hugo que había logrado pasar el Atlántico. El teatrillo había sido improvisado en el fondo del espacioso patio de la casa: algunas mamparas y decoraciones apolilladas adornaban el escenario. La traducción del francés según un crítico que tenía á mi lado, era excelente. Por fin, después de dos tandas de buñuelos y copitas de jerez, se levantó el telón No seré yo quien censure ese esfuerzo literario que todavía al presente, al evocarlo, me trae recuerdos felices del tiempo viejo, pero francamente era mucho Hernani para aquella época. Al finalizar el primer acto, la mayor parte de la concurrencia roncaba profundamente. á fines del segundo, cuando el Rey pregunta á Hernani:

—¿Qué hora es?

—Las doce de la noche,

responde éste—Entonces oí una voz tras de m

que agregaba con festivo tono:

—Media noche? pues vámonos á dormir con permiso de S. Majestad.

Y se levantó sin más ceremonia siguiéndole los demás.

¡Era Juan José Baz!

¡Naturaleza privilegiada la de ese hombre! Pequeño, de constitución sanguínea, de fisonomía expresiva y correcta, de inteligencia clara, aunque no sin malevolencia, resuelto, audaz, confiaba aquel famoso apotegma de homo longus ratio sapiens. Raras veces he visto vitalidad tan magna en estatura tan exigua. Malo por organicismo, había nacido como la serpiente, con el suficiente veneno, no para atacar á sus enemigos sino para defenderse de ellos. La naturaleza es pródiga en esa clase de equilibrios físicos y morales: Baz nació en un periodo revolucionario, se desarrolló en la revolución, fué viril en plena revuelta llegó á la senectud escuchando el trueno del cañón. De alma menguada y cuerpo enfermo, con el bello corazón de Ocampo en el pecho, Juan José Baz se habría quebrado como u-

na bomba de cristal, deshecho como una burbuja aniquilado como una pluma de cisne arrojada al fuego. Para andar entre leones como Miramón panteras como Márquez, entre chacales como Cobos, Juan José Baz tenía por derecho natural que ser víbora de cascabel. Eterna, inmutable gravitación en la naturaleza. Recuerdo que en la obra "Viaje al rededor del mundo, escrita por el Gral. Ignacio Martínez, y publicada recientemente, leyendo una magnífica y sobria descripción del Perú, noté que el autor había observado que los indígenas, para defenderse de las constantes invaciones de arena del lado del Pacífico les bastaba poner en derredor de sus hogares unos carbones que se extraen en aquellas mismas latitudes. Junto al mal está el bien: las leyes que rigen al mundo son admirables!

Voltaire decía cínicamente, le mesonge n'es un vice quand il fail du mal así procedía frecuentemente Juan José. Para él, la verdad, tratándose de enemigos era una fórmula químerica. La mentira es de buena ley cuando se usa como arma para combatir al enemigo. Cruel por tempo

ramento, por instinto, por el desenvolvimiento natural de una facultad, se gozaba en el tormento ageno. Una vez la viuda de un coronel conservador cayó postrada de un ataque de parálisis: con tres pequeños hijos quedó reducida casi á la mendicidad. El Gobierno federal había confiscado los bienes de la viuda y ésta fué arrojada de la casa donde vivía por no poder seguir pagando el inquilinato. Conducida en silla de manos, por gente caritativa, ante el Sr. Baz, seguida de sus chiquillos llorosos, aquel cuadro desgarrador imponía y consternaba, Baz rió tranquilamente, miró á la parálitica con ojo frío y burlesco y exclamó con la bufonería de Treboulet: —Madama! es usted la viva imagen de la Conserva! Que la lleven al Museo!

Y se alejó disparando chistes en tanto que la parálitica caía al suelo desplomada. ¡Cuanta ferocidad palpita en los odios de partido!

Pero cruel, malo implacable, avaro y descreído, el Sr. Baz tenía la virtud de la energía fuerza siempre viva de la esperanza. Nil desperandum!—tal ha sido y es su lema. Todavía, en el

destierro, cuando toda esperanza de restauración constitucional había fenecido, Juan José Baz me decía en tono profético:

—Ya nos vé Ud. aquí quejándonos como los bidos en el destierro... pues dentro de algunos años no habrá más que lerdistas en el poder.

Con Ud. y sin Ud, la esperanza es una fuerza más poderosa que la electricidad.....

UN SONANBULO.

XXIII.

Pancho Hernández y Hernández, era uno de esos tipos veracruzanos; solamente iguales lealtad á los tipos fronterizos: alto, robusto, guapo y simpático, de ojos grandes cuya pupila denotaba en sus ascendentes sangre africana; nariz abierta y palpitante, ese mulato, por el Sr. Heruández y Hernández lo era, nacido en Francia habría sido un rival de Alejandro

umas en opulencia imaginativa. No llegué á conocer durante el curso de mi vida pública, una naturaleza más expansiva que la de ese veracruzano: en él no había duplicidad como en Manuel Peniche, ni dolo social como en el Sr. Romero Rubio, ni cábala como en el monstruoso, Sr. Gochicoa, ni cobardía política como en el Sr. Villada; nó, en Pancho Hernández todo era lealtad y nobleza, ingenuidad y valentía personal y civil. Sin ser precisamente un ignorante en el sentido lato del vocablo, carecía de instrucción científica en legislación, era deficiente en cuestiones de gobierno y lírico en todo lo que se relaciona con el lado práctico de la vida. Como tribuno, no obstante la superficialidad de sus conocimientos era simplemente admirable: su elocuencia, sin ser lógica, era arrebatadora: hería el sentimiento, hacía palpar el corazón, enardecía la atmósfera que antes de tomar la palabra era atmósfera de hielo. Muchas veces subía á la tribuna conociendo apenas el asunto en discusión pero el instinto admirable de su talento le guiaba por entre aquel laberinto de ideas hasta sacar brillantísimas conclusiones. Se operaba en él algo co-

mo una revelación maravillosa: se le escuchaba con asombro y deleite en el Congreso, al extremo de pasar, sin ser notadas las muchas incorrecciones de la forma y las numerosas inexactitudes históricas en que con frecuencia incurría. En la vida activa de la política distinguióse por su fidelidad inquebrantable al partido liberal pero lo repito, fué un hombre de gran corazón para poder llegar á ser un gran político. En la vida privada tenía sus defectos; pero eran muchas las virtudes que los defectos. Una de las debilidades ó imperfecciones orgánicas del Sr. Hernández y Hernández era su gran desprendimiento por el dinero: siendo gobernador de Veracruz seguíanle en masa los mendigos, por que sabía que siempre que el gobernador llevase una moneda en el bolsillo, esa moneda sería para ellos y llegaba á tal extremo su desprendimiento que á veces carecía su familia de lo necesario para haber prodigado sus quincenas. Y ese hombre que no sabía odiar, que era todo corazón y lealtad, tenía enemigos.

* * *

El Sr. Hernández y Hernández, además de

enfermedad orgánica del corazón que lo llevó á la tumba, estaba sujeto á ese curioso fenómeno morboso que se llama sonambulismo. Cuando regresaba yo de inaugurar el ferrocarril de Veracruz, venía él conmigo en mi propio wagón; Habíamos quedado solos: yo comencé á dormitar, arrullado por el ruido monótono del tren y por la fatiga del día anterior. Las luces oscilaban con los sacudimientos del tren: serían como las tres de la mañana cuando fuí despertado por un brusco movimiento. Abrí los ojos: Pancho Hernández y Hernández estaba frente á mí, de pié, con los ojos muy abiertos y gesticulando de un modo extraño.

—Don Sebastian—me dijo con voz nerviosa— en estos momentos veo á sus más íntimos amigos poniendo obstaculos en las cumbres de Maltrata para que el tren descarrile

Me estremecí involuntariamente.

El continuó:

—Si, á la cabeza de ellos está Manuel Saavedra, ese hombre seco, alto, fúnebre, de espíritu marchito, de corazón más negro que un zapote prieto . . . Mírelo, mírelo vd; las uñas le han cre-

cido de un modo enorme y con ellas escarba los terraplenes para desviar los rieles.....

—Cálmese vd. Sr. Hernández: ¿quiere vd. un traguito de coñac para que se reponga?

Y le presenté una pequeña cantimplora; pero él siguió con voz mecánica:

—Y allá? Si, aquel es Romero Rubio, esta for mando una hoguera con los durmientes del cami no, y en esa hoguera que ya va á encender con una antorcha, veo agitarse una forma blanca de muger.....y tiene una espada en la mano.....

—Ah! ah! ¿y no hay un ángel compasivo que le detenga el brazo como á Abraham?.....

Y el sonámbulo prosiguió:

—¿Y aquel vegete espigado, con su barbilla de Mefistófeles y su levita bien cortada? Cúide-se vd. de él Don Sebastián: bajo una apariencia correcta, ese vejestorio oculta una alma desorde nada y un cuerpo afrodisiaco. Como en su ju ventud no ha tenido goces, en la edad proveyta está sediento de placeres.....:Se llama Justino Fernández... veale vd, como inclinado sobre un libro de ciencias, no lee, sino que mira la desnudez de una hetaira.....

por el goce, ese hombre sería capaz de la trai ción.....

Al pronunciar estas palabras el tren se detenía en Apizaco. Y el Sr. Hernández y Hernández se despertaba ...

Esa especie de evocación sonambulista me im presionó desagradablemente; no p rque creyera una sola palabra de su alucinación delirante sino más bien por la predisposición natural in nata en el hombre, de caer en lo supersticioso, Reflexioné profundamente durante algunos días sobre el suceso inesperado, y mientras más pen saba, más me embrollaba yo mismo. Efectiva mente: cuando se produce en el organismo un fenómeno de esa naturaleza, es porque existe en el cerebro el prototipo de una idea, singularmén te obsesiva. Ahora bien, como el Sr. Hernández y Hernández no odiaba á nadie—insisto en de cirlo—¿de donde tomó forma esa acusación hip nótica, por decirlo así, y que después vino á con firmarse hasta cierto punto?

EL HEROE Y EL BANDIDO.

XXIV

Por entre los vericuetos y precipicios del Nayarit ginetes en dos escuálidas mulas, caminaban una mañana de Abril 1872 dos extraños personajes: el uno corpulento y vigoroso, trigüeño, de fisonomía dura, vestía el traje de cura de pueblo aunque no lo parecía, y el otro menos recio de complexión y tipo de la más acabada vulgaridad con chaqueta y pantalones de cuero, seguía como mozo de estribo, bregando pensativamente con el fatigado animal. Con frecuencia, el clérigo, al ruido de una piedra que rodara ó de una hoja que cayera, detenía medroso á su cabalgadura, temblada hasta hacer tin tin con las espuelas, ojeaba hácia todos lados y cuando se reponía un poco del espanto, volvía la cara á su mozo de estribo.

—No has oído, Pedro? alguien anda por aquí.

—Es el viento, señor.

—No: he visto rodar una piedra.....

—Alguna ardilla mi general.....

—Chist! Por el amor de Dios! no llares General

—Padre José, quise decir.....

Siguieron caminando silenciosamente algunas horas: de repente, al dar vuelta á un recodo; se encontraron frente á frente con una partida de indios lozadefios, que después de dormir la siesta bajo un mezquital, proseguían su marcha en desorden, ya macheteando los inofensivos árboles del camino, ya entonando los aires nacionales del Nayarit. Un viajero cualquiera habría corrido peligro de muerte al tropezar con semejantes héroes, pero un eclesiástico, un sacerdote, no solamente no podía temer una aventura como aquella, sino por el contrario, la hubiera deseado como la más grata bienaventuranza. Y razón había para ello: no bien hubieron distinguido al padrecito los indios, cuando, casi unánimemente se quitaron sus anchos sombreros y fueron de uno por uno, inclinando la cabeza, á pedir la mano del pagresito para besársela. Al tumulto de la soldadesca sucedió el desfile de los penitentes: el sacerdote daba la mano á besar con seráfica

negligencia, en tanto que su mozo de estribo le cibía presentes en metálico y comestible para el pagrecito. Cuando el desfile hubo terminado el sacerdote, empujado en los estribos, comenzó á distribuir bendiciones, en tanto que la columna lozadeña, devotamente, se iba perdiendo en la hondonada.

Doceas iter et sacra ostia

—¿Qué dice Ud. Ge..... Padre?

—Que los despido con el primer latinajo que se me ocurre. De buena hemos ecaspado.....

Y picando espuelas llegaban al pardear la tarde al pueblo de San Luis de Lozada.

El que hacía de sacerdote, se llamaba Porfirio Díaz.

El que hacía de mozo, Pedro Galván.

* * *

Una de las habilidades apreciables del Sr. Don Porfirio ha sido la de vestir impunemente toda clase de disfraces: es el hombre de las transformaciones y metamorfosis, así en lo físico como en lo moral. En lo físico no pueden superarle Garrik Talma ó Coquelin; con el mismo desparpajo se cala los lentes y la peluca del Dr. Rodríguez de

la Rosa, que la sotana del Padre José. En lo moral; el revoltoso consuetudinario de ayer es hoy el ardiente amigo de la paz; el incendiario del año de 71, fomenta un cuerpo de bumberos en 88; el abigeo de 74, aconseja la propagación del ganado vacuno en 87; el infatigable obstructor del camino de hierro de México á Veracruz en 1875, distribuye concesiones de líneas ferreas en 1877; el que en 1873, en una carta dirigida á un compañero de armas, ultrajaba al cuerpo de abogados llamándole hospital de tinta, preside más tarde reuniones de esos mismos juriconsultos.....

Pero basta ya de digresiones y vamos al hecho capital: á la entrevista del Sr. Díaz con el llamado Tigre de Alicia. Dejo la relación de los hechos al Sr. R... quien tuvo la oportunidad de conocerlo en sus mas frívolos detalles:

"Tepic, Mayo de 1882—Sr. Lerdo: se habla y se comenta mucho aquí un suceso que parece inverosímil y que por sus curiosas circunstancias paso á referirle, aunque ya el telégrafo habrá dado á conocer en esa una parte de él. Me refiero al Caballero Andante Don Porfirio Díaz; anoche

estando de visita en la casa del Sr. Vidal, se contó la historia como sigue: —A fines del mes último el Gral Díaz, disfrasado de eclesiástico y acompañado de un tal Gral Galván, llegó á San Luis para mendigar el apoyo y protección de Lozada. Costóle trabajo á Díaz conseguir que aquel lo recibiera; por fin después de mil humillaciones. Porfirio obtuvo la implorada entrevista. Lozada lo recibió en pie y con el sombrero puesto, el Sr. Díaz entró seguido del insignificante Galván, con el sombrero en la mano, riendo melosamente como lo hace con todos los hacendados á quienes va á pedir dinero. Quiso abrazar á Lozada pero éste se contentó con darle la mano friamente. Algo desconcertado Díaz por esa inesperada recepción, comenzó por adular al Tigre de Alica diciéndole que ardía en deseos de conocerlo y que se honraba en darle la mano. Concluyó su memorable arenga con estas palabras: "Perseguido en todas partes vengo á refugiarme en esta tierra de libertad; que difirencia de Juárez el déspota, á Miguel Lozada á quien se calumnia por que no se conoce y al cual yo, me siento honrado tendiéndole la mano

¡Repugnó al bandido Lozada la mendicidad del héroe? Porque al día siguiente un secuaz del Cacique, ordenó al Sr. Díaz que saliera del territorio militar. . . ."

Al día siguiente de recibir esa singular epistola, me dirijí á la Presidencia para referir al Sr. Juárez lo acontecido. Desdoblaba ya la carta para mostrársela, cuando, deteniéndome con la mano, díjome el Presidente:

—Estoy seguro de que se trata de nuestro gran vagabundo... de mi paisano Porfirio Díaz.

—Exactamente: lo ha presentido vd?

—Es que me ha escrito de Tepic prometiéndome armar una celada en la que caiga Lozada siempre que se le recompense con.....

—Pero es que ha comido el pan y la sal en la mesa del Cacique.....no puede pagarle con una traición.....

—¿No? lea vd.

PREPARATIVOS DE MARCHA.

XXV.

El día 15 de Noviembre de 1876, el Sr. Romero Rubio que me había aconsejado constantemente medidas de represión, entraba al despacho de la presidencia intensamente conmovido: sus ojos, hielos, de continuo inquietos, ese día parecían diluocados por una conmoción nerviosa. Sus labios más blancos que la pechera de su camisa, palpitantes y secos, no podían dejar salir una sola frase: Compadecido de su estado corrí á servirle una copita de exquisito cognac que tenía á mi mano: cuando se hubo respuesto, después de haberla bebido el Sr. Romero Rubio, vertiendo lágrimas en el espasmo de un sollozo, dijo emocionado:

—No hay esperanza Sr. Lerdo, esta situación se derrumba. Necesitamos abandonar el país prontamente antes que una nueva derrota ó defección abran las puertas de la capital á estuchusmas de bandidos capitaneados por Díaz. A

cabo de saber que por el Norte, los Grales. Ignacio Martínez y otros, han arrollado varios destacamentos y avanzan sin detenerse, que García de la Cadena y Rosendo Márquez, son dueños de Zacatecas; que los Cravioto se han enseñoreado de Hidalgo; que . . .

—Lo sé, todo eso lo sé desde ayer, Sr. Romero; pero allí tenemos á Alatorre, posesionado de la línea de Oriente; á Ceballos que domina por completo en Occidente; á . . .

—Señor Presidente, tenemos en contra la fuerza de la opinión, esa opinión pública que yo he ultrajado con y sin el permiso de vd . . .

—Con mi permiso ¡no, Señor! Vd. ha sido por algunos meses el hombre de esta situación que se desploma. Recuerde vd., Sr. Ministro, que ha profesado vd. y puesto en práctica, la doctrina de que en política no deben existir más de dos factores: la corrupción y la fuerza. Vd. ha usado y abusado de esos dos factores. No olvide vd. su famosa Catilinaria en el Congreso, en la que ponía á precio la cabeza del Sr. Díaz; están frescas en mi memoria las palabras de reproche que á vd. le diriji entonces. Ese discurso declama-

torio, violento y tonto [perdone Ud mi franqueza] nos concitó gran número de enemigos entre las gentes pacíficas. Luego, no satisfecho Ud con esa insigne torpeza, le plugo incitar á los jefes de guarnición en las capitales de Estado para que entren en abierta pugna con los poderes locales: Algunos de los conflictos surgidos últimamente entre la Federación y los Estados son la obra exclusiva de Ud; Sr. Romero Rubio; y ahora que ha puesto Ud fuego á la mecha no tiene vd. el valor de morir sepultado entre los escombros

Contra mi costumbre y mis hábitos de educación, me había yo exaltado al pronunciar estas últimas palabras, pero notando cierto fondo de reproche en las frases del Sr Romero no pude contenerme más. Parecía esquivar la solidaridad administrativa y política él que pero, no continúo.

El Sr, Romero Rubio alarmado por mi vehemencia ó quizá obrando bajo la presión de un remordimiento continuó diciendo:

—Precisamente, como cómplice de una administración impopular acepto las consecuencias

es decir, acompañaré á vd. en el destierro. . . . ¿Qué más puede exigirse de mí? Abandonar una familia es más poderoso de lo que á primera vista parece: y yo abandono mi familia.

—Pero hay una cosa más poderosa: el temor de quedarse. . . . y ser víctima de una arbitrariedad—le respondí sonriendo. Reasumiendo—continué—vd. prefiere viajar que ser fusilado, no es así? Dejemos el nombre de la familia aparte: la familia es sagrada.

—Sí, sí, muy sagrada.

Y se echó á llorar.

* * *

Quando en Septiembre de 76 el Congreso hubo sancionado mi reelección, estuve á punto de renunciar la presidencia: y lo habría hecho así indudablemente, á no ser por la revolución. De hallarse la República en plena paz, con gusto hubiera abandonado á otro la tarea de hacer feliz á la patria. Pero en plena revolución, habríase dicho que yo obraba por miedo y no por un sentimiento de civismo. Y qué quieren vds! sucumbí ante un capricho pueril é indigno de un hombre de mi edad y experiencia, pero no por

eso menos poderoso cuando ejerce su acción en determinadas circunstancias.

La familia Lerdo, desde mis bisabuelos, siempre se ha hecho notable por la independencia de carácter que distingue á sus miembros. Algunas veces esa cualidad degenera en vicio. Yo heredé esas cualidades y esos defectos.

Lo que mas me irrita en la órbita de las ideas es una contradicción; por supuesto, siempre que de mi parte esté la justicia. Así, cuando las primeras palabras de fuga, huida y abandono empezaron á sonar á mis oídos, entré en un paroxismo de furor. Huir! ¿Por qué? Qué crimen había cometido? Yo era la encarnación del derecho y de la ley: yo no había ascendido al poder por un motín como Santa Ana, descendido por un golpe de Estado como Comonfort. Era el depositario del poder, y ese poder emanaba del sufragio. Dentro del yo de mi conciencia me consideraba moralmente incorruptible, más aun, cuando veía en torno de mí, hombres moral y políticamente corrompidos como el Sr. Payno, depravados como el Sr. Gochicoa, abyectos como el Sr. Castañeda y Nájera, nulos como el Sr. Villa-

da. Y sin embargo se me acusaba de ser un Sardanápalo, de distribuir mi vida entre la cama de mis queridas y la mesa de mis amigos . . .

Y, ¡poder de Dios! quienes eran estos testigos?

* * *

Uno, el amigo Payno cuando escuchó rumores de huida, vino desde San Angel, expresamente á verme á mi casa: suplicóme que si salía para el extranjero, le dejara á guardar algunos objetos de arte, para mí preciosos y de difícil trasportación. Por lo que pudiera sobrevenir, entregué al Sr. Payno algunos cuadros de los grandes maestros, mi vajilla de plata y muebles antiguos. Entre los primeros se encuentra un Velázquez, que representa un Juego de dados un Van Ortende denominado El novio un; Zurbarán que simboliza La entrada á una mezquita, y por último, el Baile, por Lamáitre [Tales]. Desde Nueva York supliqué al Sr. Payno, en 1878, que me remitiera los cuadros, pero pretestó lo malo del tiempo en el invierno de aquella época. Des pues supe que el Sr. Payno había salido para Europa, realizando sus fincas y bienes de México, con excepción de mis cuadros, que al present^o

adornan los salones de su casa de la Avenida de Friendland, en París.

La familia del Sr. Manuel Romero Rubio se quedó con otros objetos, y yo me fui preparando para la grande expatriación que no terminaría ni con la muerte.

EN MARCHA

XXVI

Ese día —17 de Noviembre! —amanecimos en las alturas que dominan el Valle de México. El carruaje se detuvo: por un lado salté yo a tierra y por el otro Romero Rubio y José Baz. La atmósfera recinosa de los pinos me hacía mucho bien á los pulmones; el sol comenzaba á salir iluminando el maravilloso paisaje que se extendía á nuestros piés. El lago de Texcoco á nuestra derecha. herido por los primeros rayos, resplandecía y centelleaba: más allá los volcanes dejaban ver sus nieves eternas medio veladas por

girones de nubes. Más aca, hacía el Oriente, se distinguían las planicies desiertas de San Lázaro, y más allá en el Oeste, surgía la capital apenas visible por los grandes volúmenes de niebla que flotaban. Pero muy pronto los rayos solares mas intensos, fueron deshaciendo la niebla, llenando el Valle de fulgores: entonces se vió un bosque de cúpulas y de torres destacándose en un cielo azul purísimo y con un fondo no menos azul de montañas.....

Juan José Baz acestó sus gemelos marinos en dirección de la ciudad abandonada: después de observar un momento, me los pasó diciendo:

—Hombrel mire vd. Don Sebastian, aquellos son cohetes.....percibe vd. el repique á vuelo de las campanas de catedral!

Muy distintamente, con las ondas sonoras venían hasta nosotros esos mil rumores de un pueblo alborozado.

—Ya, ya volveremos y entonces.....

Volví la cara: era el Sr. Romero quien pronunció esas palabras, amenazando con el puño á la ciudad, nervioso, frénético. Después sentándose en la yerba sacó su pañuelo y comenzó á llo

rar.....

—No lloro por mí; sino por mi familia, que sollozando:

—Pero, compañero,—replicó Baz—es vido nico que deja una familia?

Referir aquí las jornadas y las deserciones ría fatigar inútilmente á mis lectores: cada le era una traición y una celada. Algunos jell nos miraban con insolencia, otros, con precio, y más de un soldado con lástima. realmente teníamos derecho á la compá-ion: mos hacía adelante sin saber á donde íbamos. Inútiles como mujerzuelas para montar á cello, de profesiones sedentarias, á uno de nosotros al Sr. Romero Rubio, hubo necesidad de ararlo en la montura para que no se cayera, jamás en la vida, él lo confesó así, había andá á caballo [1] Cuando llegamos á Acapulco

[1] Creemos al Sr. Lerdo en lo que dice á este pecto y no nos explicamos como ahora el Sr. mero Rubio es presidente del Jockey Club, pe nos olvidamos que Tartarin de Tarascón fué presidente del "Alpino Club"

después de la maladanza de Pioquinto Huato, todos, absolutamente todos, llegamos con heroides. Teníamos por enemigo á todo el rei animal: los hombres nos querian fusilar, las zapatas y los mosquitos nos atormentaban, y por último, hasta las mulas reusaban nuestra carga. Así, cuando de improviso, al descender la montaña, nos hallamos un día á las puertas de Acapulco, no pudimos menos de regocijarnos grandemente. Era el Oasis después del destierro los bosques de palmeras, de mangos y de tamarindos, los arroyos de cristalinas aguas, la hermosa bahía en forma de herradura, los botes pescadores que se divisaban allá á lo lejos, y luego, el horizonte del mar sin límites, formaban un conjunto tan imponente y nuevo que hacía bien abatido espíritu y al dolorido cuerpo.

~ ~ ~
A los tres días, una radiante mañana de Diciembre nos embarcamos en presencia de toda la población del puerto: el vapor americano San Juan nos recibió hospitalariamente. A las tres de la tarde el buque dió los primeros pitazos de partida, la hélice comenzó á moverse, y media

hora después nos hallábamos fuera del puerto ya en ruta para Panamá, pero todavía en aguas de México. ¡Que triste despedida! Ni un pañuelo se agitaba allá en la playa, ni una lágrima se derramaba por nuestra ausencia. A las cinco de la tarde las costas de Acapulco principiaron á borrarse perdiéndose muy pronto en la bruma como una línea que se desvanece. Yo permanecía sobre cubierta, apoyado en el palo de popa, queriendo ver todavía una vez más esa querida patria que parecía sumergida en las tumultuosas olas. El sol se puso, las aves marinas se dirigían en parvadas hácia tierra—¡felices ellas!—, las sombras de la noche ennegrecieron las aguas del Pacífico y las estrellas allá en el espacio infinito, cintilan clara muy claramente, con esos misteriosos destellos que tienen los astros cuando se contemplan desde el mar!.....

FIN DE LA PRIMERA PARTE [1.]

[1] La segunda parte, el Sr. Lerdo la titula "En el Destierro", es rica en detalles, y arroja la luz sobre muchas cosas hasta el presente desconocidas. Se revelan los secretos de la ejecución de Veracruz, la Revolución de Escobedo & &

DE

DON SEBASTIAN LERDO

DE TEJADA.

TOMO I I.

BROWNSVILLE. — TEXAS

1889.